



# MERCEDARIO 6770

FOTOS Y TEXTO: JOSÉ MIJARES

**A** finales del año 1992 me encontraba de nuevo en Argentina. Recién bajado del Aconcagua, después de mi agitada vida en las alturas, lo único que yo deseaba era volver de nuevo a Valparaíso y disfrutar del espectáculo de sus fuegos artificiales, sus playas y su vida multicolor, más tarde volvería a Mendoza.

El Club de Andinismo Mendoza (CAM) y la gendarmería nacional, con motivo de la celebración del año internacional de los Andes, tenían preparada una expedición internacional al Cerro Mercedario -6.770 metros- que partiría a mediados de enero de 1993.

¿Qué poco sabía yo de esa montaña, la cuarta cima de América, pero ¿de qué forma me atraía!... Mi solicitud de ingreso en la expedición fue admitida y desde ese ins-

tante, los días, con todas sus horas, solo tenían sentido como un tránsito hasta el día de partida.

No es mi estilo formar grupos numerosos, y no tengo demasiada confianza cuando voy a subir con «desconocidos». De cualquier manera no tenía ninguna posibilidad de organizar sólo algo de tanto calibre, y en la última instancia la idea era una novedad. Me acerqué al CAM, donde Jaime Suárez, el jefe de la expedición, convocaba la última y definitiva reunión. Llegué hasta allí con el firme propósito de unirme al nutrido grupo de montañeros argentinos, chilenos, mexicanos y españoles para comprobar si, al menos, se respetaban mis ideas sobre este tipo de expediciones, e intentando saber cómo y en qué estilo intentaríamos poner 38 personas en la cima

sin enfadar a la montaña ni a nosotros mismos. Jaime Suárez me pareció de inmediato un organizador nato, con ideas claras y concisas. Su grupo más cercano era gente cualificada y con notable experiencia en este tipo de expediciones, y en cuanto a los otros españoles que formaban el grupo, los conocía del Aconcagua y no podía dudar de su profesionalidad.

Se nos convocó en Uspallata el día 11 de enero. Los días hasta esa fecha fueron interminables, después vendrían muchas jornadas de acción y debería llevar todo mi equipo en perfectas condiciones, calcular la comida y el peso con exactitud. El autobús que partía de Mendoza a primera hora de la mañana hacia Uspallata estaba repleto de montañeros. A muchos les conocí en la última reunión del



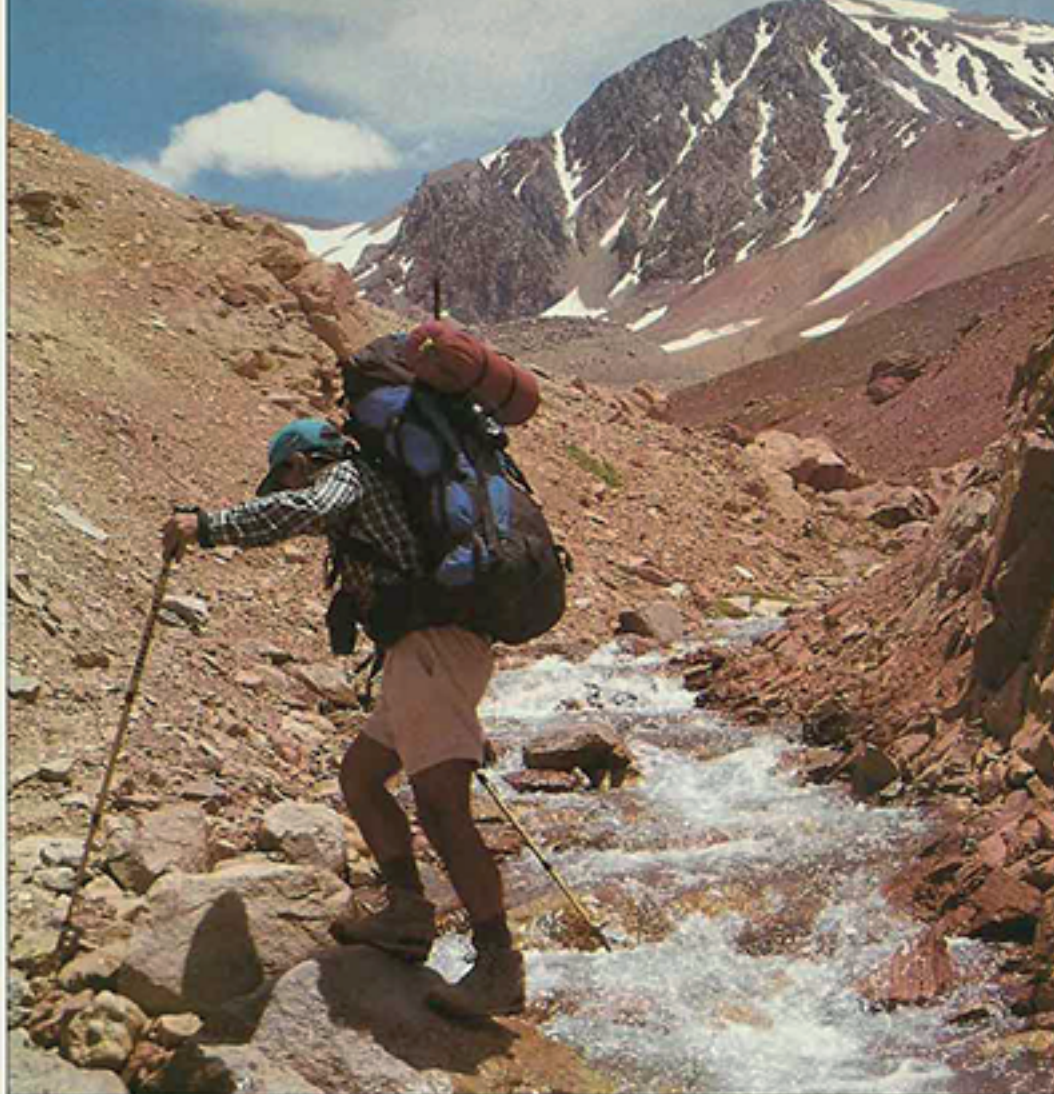
club, otros fueron al Aconcagua. En nuestro destino nos esperaban los camiones «Unimog» de la gendarmería y en éstos recorrimos los casi 300 kilómetros que nos separaban de El Molle. Once horas por desierto nos dieron idea de la dureza que nos esperaba. Aquella primera noche junto al río, apenas a 2.000 metros, montamos un campamento donde ya empezamos a conocernos. Pasamos tres largos días caminando por pedregosas pampas hasta que pudimos ver por primera vez la montaña, un cerro aislado colmado de glaciares.

En ese mismo instante las mulas que venían con nuestras cargas dejaron nuestros equipos a 3.800 metros y se fueron; volverían siete días

más tarde. Nuestro campo base nos dejaba 3.000 metros de desnivel bajo la cima. De allí debíamos salir con todo en las mochilas, dejando tan sólo algo de comida para el descenso. Esa noche, en el frescor del valle, sería la última que pasaríamos en estas condiciones, así pues aprovechamos para comer bien, bañarnos y contar interminables historias alrededor de un mate, era una forma de entablar ese nudo de comunicación tan entrañable en las montañas y tan difícil en nuestro mundo «civilizado».

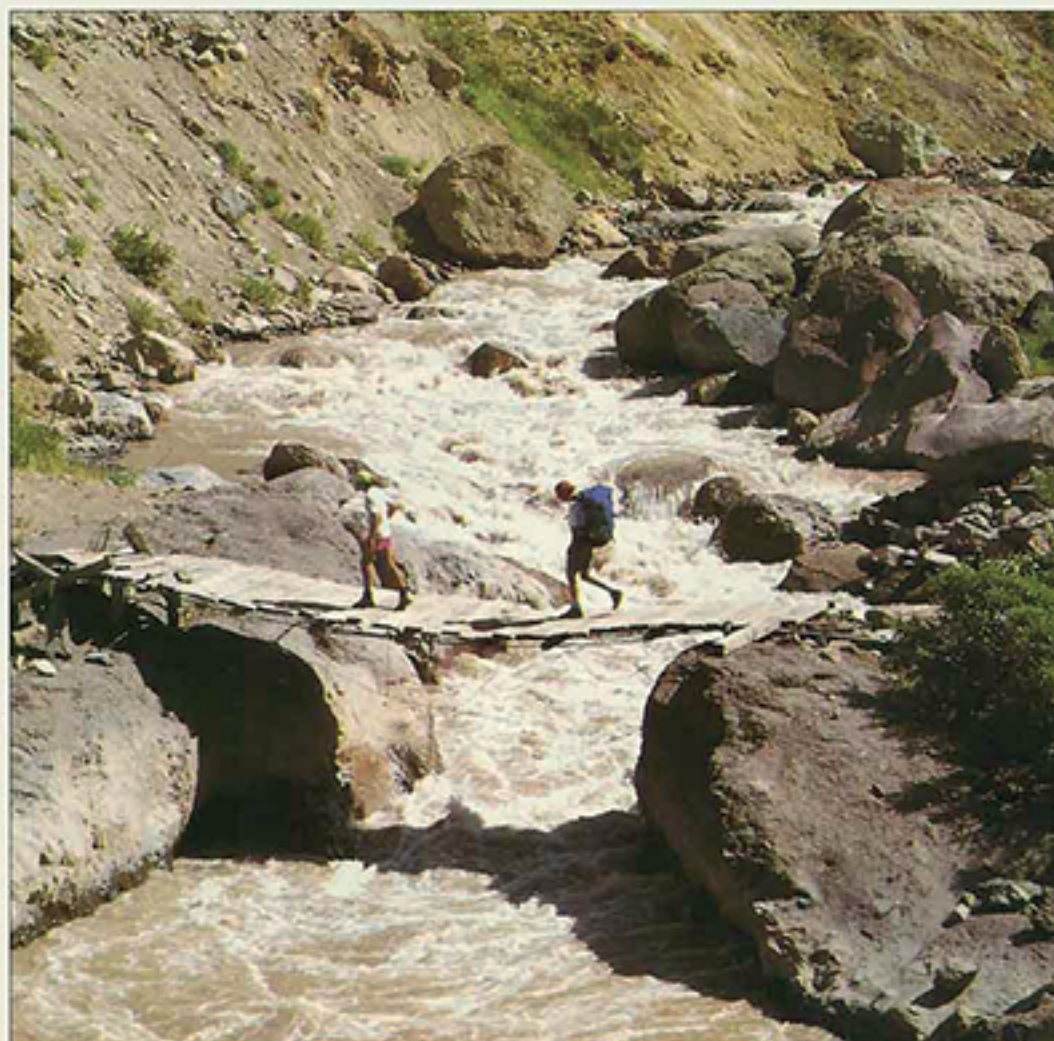
Amaneció, como ya era habitual, con un tiempo excelente e iniciamos la etapa más dura de la ascensión. Desde 3.800 metros subimos a un campo base avanzado, a 5.000

metros. Además del notable desnivel tuvimos que cruzar una pendiente de 45°, poblada de penitentes y larguísima pampas, con viento frío en medio de un paisaje caótico y lunar; en el horizonte, cordilleras de montañas vírgenes e inexploradas... Llegamos a Pirca de Indios, un pequeño valle a 5.000 metros, que recibe su nombre por las construcciones incas que posee. Junto a las pircas fuimos montando nuestras tiendas, dándole a ese árido lugar un colorido excepcional. No todos los miembros de la expedición estaban en iguales condiciones, así pues se decidió pasar un día entero de descanso para favorecer nuestra aclimatación. Junto a una de las pircas, un



pequeño manantial sirvió para abastecer a todo el campamento, evitando la trabajosa tarea de derretir nieve. Y así pasamos el día, hidratándonos, tomando té de tienda en tienda, escuchando historias de otros países, soñando con montañas que nos esperan en el futuro. Anocheció cubriendo de colores el cordón de ansilta, y con ello llegó

**Los primeros días de marcha son un claro indicio de la dureza que resta para llegar a la cima. Largas jornadas caminando junto a las mulas que transportan la carga, atravesando pampas pedregosas y desierto, hasta divisar el cerro colmado de glaciares.**





el frío seco y árido de la altitud; el cielo se cuajó de estrellas y el campamento se encendió de luces multicolores.

Salimos al amanecer hacia El Diente, nuestro último campamento —a 6.000 metros— antes de la cima, un largo filo donde un rosario de montañeros avanzábamos castigados por el viento blanco. A lo lejos,

**El valle, a una altura todavía razonable, ofrece a los montañeros unas condiciones inmejorables, que se aprovechan para descansar, hidratarse, bañarse y reponerse de los primeros esfuerzos. Es el mejor momento para hablar e intercambiar experiencias.**





la Pampa del Leoncito, que días atrás cruzamos en un cálido sopor, parecían llevar años en nuestra memoria. Caminaba como un soldado, enfrascado en mis pensamientos. A veces, sólo las rachas de nieve parecía sacarme del letargo; iba dándome ánimos, pues sabía que sería indispensable alcanzar ese campo si quería tentar con éxito a la cima. Cuando llegué, sólo los gendarmes y el médico de la expedición tenían instaladas sus tiendas, parecía que nuestro campo estaba algo más protegido de lo que imaginábamos gracias a las rocas que cercaban este plató donde también encontramos restos incaicos. Monté como pude la tienda y me dedicué a protegerla lo mejor posible.

Tenía un persistente dolor de cabeza, así que después de organizar la tienda junto a mis dos compañeros fui a ver al médico y tomé la pastilla que me alivió definitivamente.

Comimos y bebimos, no todo lo necesario porque en estas altitudes el cuerpo se niega a todo. Sólo quería dormir, acurrucarme dentro del saco y esperar que amaneciera. Dentro de mi diminuta tienda los tres estábamos verdaderamente incómodos y sólo pudimos pasar el tiempo en duermevela, sobresaltándonos a veces por nuestra propia respiración o la de los compañeros. El ambiente era gélido, debía rondar los 25 grados bajo cero y la condensación nos hizo amanecer rodeados de hielo. Uno de mis

compañeros preparó un copioso desayuno que tomé más por obligación que por apetito, después de solventar el pequeño drama que supone vestirse en un habitáculo de cuatro metros cuadrados.

Salimos al exterior e iniciamos la marcha para salvar los últimos 770 metros de desnivel con la evidente fatiga que supone ascender a 6.000 metros. Parecía que no llegaría nunca. Había al menos una docena de falsas cimas en cada una de las cuales me animaba pensando que sería la última. Seguí ascendiendo hipnóticamente, parándome a veces para sujetarme la cabeza entre las manos. En un momento me quedé absorto mirando el glaciar que tenía al oeste, el mismo que veía en



el horizonte días atrás desde el Aconcagua, me parecía extraña la idea del espacio y el tiempo. El alboroto de los mejicanos que subían boceando frases de aliento me despertó de ese sueño irreal. Continué sin ninguna gana hacia arriba. Me resultaba raro estar allí tan cerca y ver con asombro que aquello había dejado de interesarme. Abajo veía a uno de mis compañeros avanzar dando tumbos. ¿Estaré yo subiendo así? Oí gritos y me asusté, me di cuenta que era la alegría de quienes estaban arriba, y un resorte actuó dentro de mí. Olvidé de inmediato mis pesadillas y avancé casi a la carrera esperando ver cuanto antes al jubiloso grupo. Pude verlos junto a una bandera y otras señales

que indicaban la cima. Desde mis pies un temblor movió despacio la geografía de mi cuerpo, me erizó la piel y de mis pupilas se deslizó una solitaria lágrima. Abracé a mis compañeros que estaban igualmente emocionados y pude ver desde esa atalaya cómo llegaban dispersos y tambaleantes el resto de compañeros hasta un total de 22 personas. Permanecimos un par de horas disfrutando del buen tiempo mientras otras 16 personas estaban dispersas en los campamentos intermedios, a 6.000 metros. Iniciamos el descenso con la intención de desmontar el campamento de El Diente y seguir bajando hasta el siguiente, en Pirca de Indios, a 5.000 metros. A esta altura el cuerpo se

puede recuperar del esfuerzo. Sin embargo, nuestra alegría se cortó súbitamente cuando vimos que uno de los miembros argentinos de la expedición que se quedó en El Diente estaba muy enfermo. El médico diagnosticó edema cerebral, había perdido la conciencia y ya no podía salir de la tienda ni para orinar. Su aspecto, lamentable, alarmó a todo el campamento: si no descendía de inmediato, esa noche podría ser la última. Quedaban apenas dos horas para el anochecer y bajar un peso muerto de 80 kilos no es tarea fácil para gente agotada. Nos organizamos por grupos, el jefe de la expedición, junto a tres compañeros y yo bajaríamos hasta el campo base a 3.800 metros, lu-



gar desde el cual podíamos avisar por radio al helicóptero militar. Otro grupo descendería a Pirca de Indios para esperar el relevo al día siguiente y seguir descendiendo al enfermo, si era capaz de superar aquella terrible noche. El resto, apenas cuatro hombres y el médico, atenderían al enfermo toda una larguísima noche que, según nos

**Los últimos 800 metros de desnivel son los peores. Más de una docena de falsas cumbres mantienen la ilusión de los montañeros, atolondrados ya por la altura y deseosos de llegar a su objetivo para iniciar cuanto antes el descenso. En la cumbre todo son muestras de júbilo.**





TIEMPO DE

# AVENTURA

N.º 20 - 450 PTAS.

## BENIN

Recuerdo de África

CUMBRE  
EN  
MERCEDARIO

ALTIPLANO  
GUATEMALTECO

MAGIA  
EN  
VENEZUELA

Sin ir más lejos:

- Monfragüe
- Espeleología en Murcia

